

Tres postales que nunca envié

1.

Anita tiene 27 años y los ojos más azules que el Duna en las acuarelas del siglo XVIII. Es la guía perfecta para esta ciudad a) porque camina ligero y no deja de sonreír y b) porque se ha escapado —estoy seguro— del *Libro de Dios y de los húngaros*. La seguimos por los bulevares bajo la luz del verano, nos señala los antiguos palacios contruidos, destruidos y vueltos a construir. Cruzamos los puentes —hierro antiguo y mucha fe en el futuro—, los grandes parques cultivados para domesticar la nostalgia del bosque que profesan los atávicos cazadores. Me distraigo. Me distrae esta ciudad como una aparición luminosa en el fondo de una copa dorada. Y los tranvías. De Anita ya sólo me llegan palabras sueltas, a veces una frase, entre los golpes del agua cada vez que el río recibe el cuerpo de un judío con un tiro en la nuca. Todo eso está escrito y borrado y vuelto a escribir en la historia de este lugar. Y también incendiado. Pero no hay nada que hacer, la mañana es todavía fresca y Anita camina ligero y esta ciudad tiene una belleza antigua, irónica y valerosa. Y si me distraigo —otra vez— entre los retazos de su voz escucho las bocinas de los autos, el tumulto de los cascos de los caballos turcos, los gritos de los vendedores de frutas, las orugas mecánicas de los tanques nazis, las botas rusas sobre la piedra mojada y reluciente, las doce campanadas de este mediodía de gracia...

2.

Éste es un cementerio hermoso. Una ciudad dentro de la ciudad. Un reino discreto gobernado por el silencio, el olor antiguo de las flores, el canto de los pájaros. Estoy buscando una tumba famosa. Camino bajo el dombo de altos ramajes pisando las hojas secas. En los intervalos de mis pasos caigo en el vacío del silencio, resbalo en los laberintos de la imaginación o la memoria. Me gusta perderme y ésa es mi deriva en el país de los muertos. Dos cuervos enormes charlan en la rama baja de un fresno justo sobre

mi cabeza. Finjo ignorarlos. “La muerte es un hábito inevitable, es cierto, pero debe procurar no ignorar ni la oportunidad ni la elegancia”, dice uno. “La Nature est un temple où de vivants piliers lissent parfois sortir de confuses paroles”, responde afectadamente el otro. Sonrío, pero no me digno mirarlos. No me gusta que me distraigan cuando busco una tumba y me gustan aun menos los pájaros literarios.

3.

Lo despierta temprano el chillido de las gaviotas que suben desde el estrecho y pasan rozando las copas de los árboles y los cables de luz. La mañana es fresca y propicia para quedarse en la terraza y tomar té y mirar las aguas que a lo lejos dividen el mundo. Cinco veces al día el canto del almuecín flota sobre la ciudad. Y el último de la jornada, que se escuchaba con inusitada claridad en el aire ya sosegado de la medianoche, invariablemente lo estremece. ¿Qué hago yo aquí? Voy a buscar cada objeto que tu mano tocaba. Voy a levantar cada piedra cada ceniza cada encendida lumbre. Voy a hacer un museo de tu ausencia. En una habitación en las cuevas de Gálata muere la luz del atardecer. Y suben los ruidos de la calle. El polvo gira en cámara lenta como un derviche blanco suspendido en un cono de luz. Y cae sobre la sábana revuelta. En la noche los barcos bajan —o suben— por el estrecho. Toca la sirena. Lo han hecho siempre. El grano, los aceites, las guerras, las piedras preciosas, los cadáveres. Los incendios. El mar de Mármara y la muerte. Lo de siempre, la historia, la sangre de los mundos, de éstos y de los otros. Y también los lentos amaneceres en la ciudad más bella que imaginarse pueda. En las postales antiguas que baraja como quien lee su suerte en una diminuta tienda se entera que a veces la nieve cubre los puentes, las altas cúpulas y los tranvías. Que aquí desde la infancia del tiempo todo se ha perdido y todo se ha ganado. Que cada viajero de esta ciudad guarda en su corazón un museo de la inocencia.

Rubén Vargas

(n. La Paz, 1959)